

Fragmentvertaling Letterenfonds

Abdelkader Benali

Brief aan mijn dochter/ Carta a mi hija

(blz. 7 t/m 20)

Vertaling: Micaela van Muylem

a Saida

Querida Amber:

Semanas enteras pospuse la redacción de esta carta. Acumulé cantidades industriales de demora en torno a su comienzo, me di cuenta que los padres somos buenos en esto. ¿Será algo propio de futuros progenitores dominados por los nervios, el postergar eternamente el momento de exponerse?

Estuve esperando la lluvia. Y entonces, justo antes de que nacieras, cuando comenzaron a resonar truenos en el cielo que cubre la ciudad de los canales, los interpreté como el estímulo necesario para ponerme a trabajar por fin en algo que no puedo llamar trabajo: convertirte en la brújula de nuestras vidas, y plasmar esa brújula en papel. Seguir los saltos de la aguja.

Y escuchar los ecos de nuestros corazones. Quizá esta carta recoja todos los silencios entre los latidos. Las respiraciones de tu madre, en el cuarto contiguo, son silenciosas y profundas. Estos últimos días sintió mucho dolor.

Me pregunté quién serás, porque si sé a quién tengo delante me es más fácil acercarme al comienzo. Me llevó mucho tiempo formarme una idea clara de quién sos vos, para mí. Para descubrirlo tuve que hacer un examen de conciencia, atreverme a definirme a mí mismo primero. Así también sabré qué tengo para darte. Aquello que voy descubriendo me da energía, crea una tensión: es como la electricidad. En realidad, nunca supe bien cómo manejar esta amalgama de experiencia y tristezas, historias y anécdotas, vida y amor, fracaso y frustración; una mezcla espesa, inescrutable, lista para ser amasada y poder modelar figuritas. A la espera de tu llegada comencé a pensar qué me gustaría contarte, sin reservas, sin demoras.

También tuve que superar un miedo, el miedo que aguarda, sereno y paciente, debajo de cada esperanza: el saber que todo principio también es el anuncio de un final. La conciencia de que con tu llegada yo cambiaría para siempre. Me convierto en otro hombre, me convierto en padre. Vos eras un embrión y te convertís en hija. El anhelo de tu presencia se convierte en esta carta.

Es una noche sofocante en la ciudad de los canales. En la penumbra se oye un canto claro. Me parece adivinar pájaros silbando detrás. Me dirijo a vos, aterrizo suave en el musgo y puedo caminar a tu encuentro, alcanzarte, decirte lo fácil que es quererte.

* * *

Las cartas más apasionadas se escriben para conjurar algo: un miedo, un amor absurdo, un dolor enmudecido; por eso la escritura actúa mejor que el analgésico más fuerte, porque al confiarle tus pensamientos íntimos al papel estos emprenden viaje, lo que sentís toma cierta distancia, la confusión se condensa, se abren puertas a otros cuartos, cuartos que atravesaremos para descubrir otros, aquellos en los que podremos depositar nuestro dolor, el dolor que sentimos cuando no obtenemos los resultados que esperábamos de un emprendimiento. Vivir es aprender a fracasar. Y vos abriste un nuevo cuarto en nuestra vida, Amber, un cuarto en el que cabe un palacio. Donde hay tanto espacio para el dolor que este parece desaparecer.

Mi impulso por escribirte nace del deseo de adelantarme un paso al tiempo. Sé que voy a perder la batalla, pero esa competencia me electriza. Todavía sos un sueño que no alcanzo a comprender, tengo que ponerlo en palabras para darle sentido. Comienzo por escribirle a alguien a quien quiero y a quien puedo contarle todo. A vos. Hago un alto, pienso y luego suelto todo, para entregarme a vos. Hace poco aún me consideraba un hatajo de historia: producto de la migración y circunstancias azarosas, con un poquito de suerte por aquí y por allá que se sumaba a mi curiosidad, por momentos bastante porfiada, por los secretos de la vida y, en consecuencia, conocer la vida misma y –¡voilà!– me convertí en lo que soy. Sin embargo, al saber que pronto estarás aquí, quiero examinarme mejor. ¿Querés saber quién soy? Te lo voy a contar. Te lo diré al oído. Para que sepas de dónde viene esa sombra protectora que te acompaña. Y, para llegar a ello también te diré dónde estuve, de dónde venimos, veré si soy capaz de dar un salto al vacío al futuro recostado en este sofá.

* * *

Todavía no estás aquí, pero a la vez ya sos. Mientras aguardamos la puesta en escena de la vida creamos un nuevo espacio. Construimos un teatro en torno a tu nacimiento, uno pequeño y acogedor en el que, bajo la dirección artística de tu madre, habrá lugar para amparo y calidez, intimidad y luz. Todos los días me susurra al oído nuevas indicaciones acerca de cómo debe ser la casa. Hipnotizado por su instinto de anidamiento hago lo que me encomienda. Encuentra su lugar incluso la estantería llena de incontables pañales que vas a llenar de pis y caca (nos advirtieron que los bebés generan mucho desecho para seguir creciendo en su nueva morada, ya veremos cuánto

hay die cierto). Cuando miro la cantidad de pañales que compré un sábado por la tarde, los muebles que cargué, los callos en las manos, los dedos marcados y rasguñados de tanto empujar, martillar y pintar, y las paredes pintadas de colores para niños, no hay nada que pueda negarme tu inminente presencia. Y es que de eso se trataba: de mantenernos ocupados, porque nos pone nerviosísimos la espera. Sin embargo, todavía no estás aquí, aunque des señarles de tu existencia. De momento sos posibilidad. Y cuando me acomodo en lo que será tu cuarto y miro a mi alrededor me voy hundiendo lentamente en las arenas movedizas del silencio.

Aun así, disfruté de la espera estos meses. Sin estar presente me enseñaste mucho más acerca el arte de la demora y de respirar tranquilo que cualquier taller de concientización personal podría haberme dado nunca. Esperar a un hijo es un ejercicio sanador, somos animales a la espera.

Existe cierto placer en la espera de lo inevitable, pasar tardes enteras sentados en el sillón hasta que nos toca el turno; los días que se convierten en una enorme, larga sala de espera. Por cierto: el domingo antes de tu llegada la espera adquirió una característica totalmente diferente, me invadió el pánico. Podía Ocurrir En Cualquier Momento. No dejaba de resonarme en el cuerpo la frase: Podía Ocurrir En Cualquier Momento. Aún sin que tu madre lo hubiera puesto en palabras, supe que esa sería la última semana en que todavía podríamos decirnos: “Un ratito más”, lo cual significaba que todavía faltaba bastante. Estabas en camino. Ahí, en la panza de tu madre te dedicabas con toda calma a completar los últimos centímetros.

Sin embargo, cuando quedaban ya pocos días para la fecha programada, a mí, una persona tranquila –más por indiferencia que por disciplina– me invadió de pronto una inquietud que tocó una fibra que no había sentido nunca antes. La idea de que algo pudiera salir mal y que yo no tenía absolutamente ningún control, que se mezcló con un miedo más profundo, el de la posibilidad de perderte. Tu madre comenzó a sentir cada vez más claro que “estabas a punto de llegar”, y esa sensación generó que los últimos días se convirtieran en un paseo sobre una soga cada vez más delgada. O sobre hielo que, a medida que nos acercábamos al orilla, se hacía cada vez más fino. Comprendí entonces lo que significa la palabra “inevitable”: todo cae, todas las certezas te dan la espalda, todo lo que hacés, todo aquello en lo que creés, o a lo que siempre podés volver se van desprendiendo, como las capas de una cebolla. Al final sólo queda el corazón: la transición de “yo soy” a “nosotros somos”. El paso de “¿quién soy?” a “¿quiénes somos?”. Y el pasaje de la muerte a la vida y al revés. Siento mucho hablarte ahora de la

muerte, pero creo que esperar la vida puede ser tan angustiante como esperar la muerte. Ambas son inevitables. No hay nada que elegir.

Sin embargo, antes de enfocarme en los últimos días, horas, minutos, segundos, silencio y realización, quiero dedicarle un tiempo al embarazo. Al periodo en que el mundo parecía un mango madurísimo, con el jugo rezumando de la piel gruesa como el caucho.

* * *

Fuiste concebida en la ciudad portuaria de Tánger, Marruecos, allí donde el punto más austral de la península ibérica roza con un beso el vértice de África. Cuando Saida convirtió la desconcertada sensación de que algo había cambiado de manera definitiva en el azul irrevocable del test de embarazo, concluimos, tras hacer las cuentas, que fuiste arrojada al vientre materno la tercera semana de diciembre. En ese momento, la vista que teníamos desde la ventana era la de antigua ciudad de Tánger y, de fondo, a lo lejos, las sierras irregulares de España, el suelo bajo nuestros pies era el continente africano.

Regresaste con nosotros a Ámsterdam, donde fue cada vez más notoria tu presencia. Me hiciste feliz, hiciste feliz a tu madre. Con el embarazo se cerró un periodo de incertidumbre. Un periodo en que intentábamos concebir hizo lugar al periodo en que comenzábamos a crecer en dirección a la paternidad.

Ya habíamos tenido entonces varias citas en el hospital porque se demoraba en llegar el embarazo; después los estudios, nos comunicaron con toda calma que no había ningún problema con mi esperma ni con el útero de tu madre. Todavía recuerdo el día en que salí corriendo al banco de semen para dejarles el pegote tibio antes del horario de cierre. Dado que no había nada malo en nuestros cuerpos, la presión que sentimos se hizo mayor. Cuando tu madre pronunció las palabras liberadoras de que esta vez sí resultaría, recordé el consejo de una amiga: “Váyanse de vacaciones. Háganlo en una casilla rodante. Para quedar embarazada hay que estar libre de toda preocupación. Hagan el amor sin frenos, hagan el amor sin pensar en nada”. Así lo había logrado ella, durante las vacaciones. “En Grecia. En una isla turística. Me olvidé de mi propósito, y quedé embarazada.” Me tomé a pecho su consejo y empecé a buscar en internet una casilla rodante, por si acaso.

No hizo falta la casilla, porque ocurrió en Tánger. La gruesa cama nos envolvió como un guante de baseball rodeando la pelota. Delante de la ventana planeaba una gaviota. Desapareció. Volvió a aparecer. Me levanté, me acerqué a la ventana para abrirla un poco y le dije a tu madre: “Hay nubes sobre Gibraltar, pero se puede ver bien España. Europa se asoma.” Saida me sonrió.

* * *

La paternidad encierra muchas cosas buenas, repite todo el mundo a mi alrededor. Aún antes de tenerte yo en brazos, una enorme cantidad de padres ya lo habían decidido por mí, y generaron así la ilusión de que todos los padres somos más o menos parecidos. Entre nosotros también hablamos mucho de las dificultades que se nos van presentando, porque la solidaridad siempre se percibe mejor a través de los lazos que tiende el malestar: tu problema es mi problema. Somos muy conscientes de que no es tan sencillo compartir la felicidad. El día en que nos enteramos que vamos a ser padres comienza la preparación de cada uno para encarar el día en que tengamos que inventar nosotros mismos la paternidad. Y no es que nos oprima, nos aligera. Nos sentimos un héroe.

Nosotros, los padres, tenemos muy poco que opinar sobre el embarazo en sí. Después de todo, no tenemos la menor idea de qué estamos hablando. Eso es cosa de las madres. Ellas sienten cómo las va invadiendo la naturaleza: ¡Vamos, afuera con todos esos trastos viejos, hay que hacer una limpieza a fondo, quitar todos los nidos de polvo! ¡Manos a la obra, agua y jabón! Así es cómo se prepara el cuerpo para recibir un segundo cuerpo, si todo va bien.

Nosotros, los hombres, no tenemos la posibilidad de estar dando cátedra sobre la intimidad del parto y el revuelo que provoca un embarazo; eso sólo nos llevaría a hacer suposiciones artificiosas de cosas que no experimentamos, sentimos ni vivimos. No pasamos por la experiencia de formar parte de algo que sea exclusivamente para vos; observé cómo en tu madre, tras recuperarse de los primeros arduos meses, crecía la conciencia que otorga la desnuda maternidad. Los hombres no tenemos eso, así que sólo conversamos, nos quejamos un poco del desarrollo de los acontecimientos, no somos los expertos, sino meros comentaristas. Nos toca observar desde cierta distancia cómo la mujer se va convirtiendo en madre, en gestante. Y si nosotros, en un instante que casi escapa a nuestra atención, llegamos a sentir un cimbronazo, ese cimbronazo del profundo compromiso con este proyecto de vida, creo que ya es muchísimo.

Y si como hombres queremos evitar ir a parar al basural de la evolución –porque créanme que la mujer es mucho más capaz de hacer entrar el triángulo en un círculo, de enfrentar todos los absurdos de la vida, porque ya el acto de dar vida es algo absurdo–, entonces tenemos que estar muy atentos y, poco a poco, tomar distancia de la privilegiada posición de superioridad que en los últimos milenios nos permitió llevar a cabo cruzadas, mezclar guerras santas con veneno, patear pelotas al travesaño, crear ídolos y querer matar al prójimo sin que nos ayudara mamá. Lentamente, nuestro poder está cediendo ante la influencia; el jugar fuerte, al refinamiento; y el idealismo, a la realidad. Para poder alcanzar un equilibrio real tenemos que animarnos a corregirnos a nosotros mismos.

Igual mi deseo es actuar de manera totalmente diferente de los padres que me rodean, quisiera encontrar en el vínculo con vos un arte de vivir. También quiero actuar diferente de mi propio padre, esa presencia ausente (tu abuelo era una alarma en persona que protegía la casa, no podías moverlo del sofá, excepto esa única vez, a comienzos de los noventa, cuando el artista pop algerino Cheb Khaled vino a Rotterdam y, de repente, un domingo a la tarde, para mi enorme sorpresa y gran susto, no estaba: qué lento transcurrieron esas horas...). Cuánto hubiera deseado que mi padre me diera algunos consejos prácticos mientras yo esperaba tu nacimiento, o que me contara cómo había vivido él ese proceso. No me atreví a pedírselo porque creo –y quizá también sea una de esas típicas cosas de padres– que eso tiene que ser un gesto que le nace a él.

Mi oficio es la escritura, algo que me sale mucho mejor que las demostraciones de afecto; en todo caso, no soy tan bueno para ello como tu madre, que se puede entregar a ellas por completo, como si en cada abrazo recibiera de vuelta parte de su propio cuerpo. Te prometo que en cuanto llegues yo te protegeré de la lluvia cuando cae, y si suena un trueno a lo lejos cantaré más alto y si hacés pucheros por algo, te los respetaré. Lo que más quisiera es poder protegerte de la indiferencia del mundo. Prefiero eso a cambiarte la montaña de pañales, limpiarte el vómito, secar mocos y cubrirte sentimentalmente el llanto con el manto del amor.

Mi deseo más profundo es que con ello llegue merecerte, en un mundo en que todo lo merece la pena se consume en llamas. Hace poco, por ejemplo, en Europa nos vimos confrontados con lo que le está ocurriendo a los refugiados, gracias a las imágenes de un niño que apareció ahogado en una playa de Turquía. Un niño que huía de una guerra y no llegó a destino. Apagué el televisor con tanta facilidad... No comprendo por qué no me conmovieron las imágenes, pese a su dramatismo y su

intensa humanidad. Es difícil que me toquen, por más que quisiera sentirlos. Intuyo que se debe a que, en este momento en que te estamos esperando a vos, no quiero pensar que es en vano todo lo que hacemos. Que mientras nosotros estamos a punto de tener una hija, haya padres y madres que ponen en juego la vida de sus hijos en un acto de extrema desesperación. En este momento no quiero sentir esa angustia. Concluyo para mis adentros que los padres que esperan un hijo son unos desalmados, y me voy a la cama.

* * *

Durante el verano de 2015 la Tierra misma parecía en estado de gravidez, no de esperanza y prosperidad, sino de desesperación y desgracia. Cientos de miles de ciudadanos partieron en dirección a Europa huyendo de las atrocidades que la guerra había traído a su país. Subieron a barquitos desvencijados para poner pie en la costa europea. Los comentaristas hablaban en la lengua del Antiguo Testamento sobre el éxodo, una plaga y la huida. Oriente parecía no poder ser enunciado de ninguna otra manera que no fuera con una grotesca lengua de la desgracia, en que no hay lugar para el individuo o las circunstancias personales. Oriente como plaga. Los ciudadanos del Viejo Mundo miraban con una mezcla de repulsión y esperanza a lo que se les estaba acercando. Solidaridad y antipatía luchaban entre sí por primar, mientras la sociedad intentaba darle un lugar a esta gente. El “Son demasiados” contra el “No hay suficientes”. Una vez más comprobamos que, bajo presión, la moral se fluidiza.

A la vez, fue un verano hermoso. La pesca trajo arenque grande y gordo; los días largos estuvieron bañados de sol. Extrañas antítesis.

Tu madre se enteró muy pronto de la presencia de una vida en su propia vida. Desde el comienzo gozaste de toda su atención; yo, por el contrario, tras la emoción y la felicidad de la buena nueva que nos dio del test de embarazo, un resultado azul, sí tuve que esperar, algo intranquilo –la causa más profunda la relataré luego– a las primeras señales de tu auténtica presencia. Sintiera lo que sintiera al tocar el vientre de tu madre, en realidad no sentía nada. Soñé que al nacer te ponían en mis manos y me mordías con furia el brazo.